

CATEGORÍA: PONENCIA. Comunicación de experiencia

TÍTULO: Biblioteca popular y escuela, unidas para la ocasión

EJE EN EL QUE SE INCLUYE: La promoción de la lectura más allá del ámbito escolar. Formas y ámbitos no convencionales en distintos contextos.

AUTOR: María Inés Mori. Bibliotecaria. Profesora de Taller de expresión en Profesorado de Enseñanza inicial y primaria. Coordinadora de la Biblioteca de la Escuela Normal Superior N° 7 José María Torres y de la Biblioteca Popular Juan María Becció. Dictado de talleres de lectura y escritura y de periodismo en escuelas primarias (1992 a 2004). Coordinación de Proyecto de Animación a la lectura en el Club Nueva Chicago (Mataderos, 2008 – 2009)

NOMBRE DE LA INSTITUCIÓN: Biblioteca Popular Juan María Becció / ENS N° 7

NIVEL EN EL QUE SE DESEMPEÑA: Terciario

E-MAIL DE CONTACTO: mainemori@yahoo.com.ar

El punto de partida de esta experiencia es el convencimiento de que escuelas y bibliotecas tenemos la responsabilidad compartida de garantizar el derecho a leer de los chicos y chicas del barrio y la comunidad de influencia. El lugar desde donde arrancamos, una biblioteca popular en el barrio de La Paternal en la ciudad de Buenos Aires.

Me parece importante aclarar, antes de comenzar el relato, algunas diferencias relevantes de las bibliotecas populares respecto de otro tipo de bibliotecas. Si bien las bibliotecas públicas, que dependen directamente del gobierno de la ciudad y las populares (asociaciones civiles autónomas creadas por un grupo de vecinos) tienen muchas características en común, tienen también algunas diferencias muy marcadas, especialmente en lo que hace a su organización y a sus objetivos y fines últimos.

Por definición, las bibliotecas populares cumplen un rol particular en la democratización del acceso a la cultura. Hoy se las concibe y organiza, no ya en función de guardar y atesorar libros, sino con el propósito de asegurar que la información esté en permanente relación con la gente. Su autonomía de gestión les permite ofrecer servicios y espacios para la expresión y el desarrollo de actividades culturales y de lectura en forma amplia, libre y pluralista. Su creación (de origen vecinal) genera un vínculo estrecho con la comunidad en la que se inscribe y le permite estar más cerca de sus demandas y necesidades. Por otro lado, las bibliotecas populares se distinguen de las especializadas, entre las que podemos contar a las escolares, por su público heterogéneo, lo que las

obliga a contar con un fondo documental múltiple y variado, para atender a esa diversidad de usuarios lectores.

Esta experiencia se inicia en el año 2009. La biblioteca se encontraba entonces, en proceso de reorganización. Venía de superar una serie de dificultades: entre otras, tenía problemas edilicios, no contaba con personal idóneo para la atención, su comisión directiva se había reducido a unos pocos y pasivos miembros. Como consecuencia de este escenario, los socios habían disminuído en forma notable.

Con la contratación de dos bibliotecarias (entre las cuales me incluyo) y la colaboración de algunos jóvenes voluntarios, se inició una etapa de recuperación. La situación era clara: la biblioteca tenía más de dieciocho mil volúmenes, un edificio acogedor con salas espaciosas, pero pocos socios y menos visitantes. Necesitábamos lectores y decidimos ir a buscarlos. Para eso, desplegamos una fuerte campaña de difusión que incluyó diversas iniciativas. Una de ellas se enfocó a las escuelas.

Les acercamos nuestra propuesta, escuchamos sus inquietudes y decidimos trabajar en forma conjunta para dar respuesta a las necesidades de cada grupo, promover iniciativas de animación a la lectura y consolidar el vínculo entre ambas instituciones y la comunidad en su conjunto.

Y así empezamos, con un objetivo básico y muy claro, que podríamos traducir en las famosas palabras de Graciela Montes, queríamos “dar ocasión para que la lectura tenga lugar. Garantizar un espacio y un tiempo, textos, mediaciones, condiciones, desafíos y compañía para que el lector se instale en su posición de lector...”<sup>1</sup> y comenzamos por preguntarnos qué podíamos ofrecer como biblioteca popular que fuera distintivo, que se constituyera como un aporte más a la tarea de la escuela, que no restara o sólo sumara, sino que multiplicara las posibilidades de crear ocasiones de lectura.

En principio contábamos, gracias al aporte bibliográfico y a los subsidios otorgados por la Conabip, con un espacio destinado al público infantil y juvenil, un fondo documental que se actualiza continuamente y el acceso a las nuevas tecnologías.

La respuesta de las escuelas fue positiva. Encontramos directoras, maestras y bibliotecarios receptivos con ganas de visitarnos y de recibirnos. Sin embargo, en la mayoría de los casos, nos pedían una mesa de libros con material informativo para el tema que estaban trabajando en la escuela o llegaban con un cuestionario armado que

---

<sup>1</sup> MONTES, Graciela. *La gran ocasión: La escuela como sociedad de lectura.*-- Argentina: Ministerio de Educación, Plan Nacional de Lectura.-- Disponible en: [http://www.me.gov.ar/curriform/gran\\_ocasion.htm](http://www.me.gov.ar/curriform/gran_ocasion.htm)  
Consultado el 22 de abril de 2010.

los chicos debían completar durante la visita. Y si bien esa es una de las funciones que la biblioteca desempeña, brindar información y asesoramiento en variados formatos, nuestra idea apuntaba a algo más profundo: queríamos ofrecer un espacio de encuentro entre lectores y libros, ambicionábamos mostrarles a los chicos que los libros pueden morder y que dejarse morder por ellos puede ser una experiencia interesante, beneficiosa y placentera, que no hay una sola respuesta para las preguntas de sus cuestionarios, que los libros literarios ofrecen múltiples lecturas y que cada lector puede construir un sentido propio.

Las visitas se organizan en dos tiempos. En un primer momento los chicos ingresan a la sala principal (proponemos grupos que no superen los veinte alumnos, ya que si bien la biblioteca es amplia y tiene varias salas, el mobiliario no permite el desplazamiento cómodo de un grupo más numeroso). Se sientan alrededor de la mesa y les contamos brevemente sobre el funcionamiento de la biblioteca, la organización de los libros y cómo tienen que hacer para llevarse libros a sus casas. Luego la recorremos, pasando por el salón de actividades, la sala depósito, la sala de lectura silenciosa y finalmente la sala infantil.

En nuestras primeras visitas, el segundo momento consistía en la realización de la actividad propuesta por los maestros: habitualmente el cuestionario o la investigación.

Luego, esta segunda parte se modificó. Y fueron los chicos quienes nos dieron la clave para propiciar un primer encuentro que fuera más estimulante y acorde a nuestro propósito. El punto es que cuando llegamos a la sala infantil, y mientras intentamos explicarles que los libros de literatura infantil y juvenil no están organizados por edades (como generalmente pasa en las escuelas) sino que la cinta de color es para orientarlos sobre el tema o género: negro para los libros de terror, azul para los de aventuras, rojo para los de amor, celeste para los cuentos maravillosos, los chicos empiezan a inquietarse y en pocos minutos se apropian del lugar ignorando nuestra explicación.

A partir de ese momento empezamos a esmerarnos y a dejar a la mano algunos anzuelos para pescar lectores: las sugestivas imágenes de los libros álbum, las mejores ediciones que tenemos de los más famosos cuentos maravillosos, esos títulos que leían cuando eran más chiquitos, alguno de terror, y entre ellos, (superpuestos, encimados, recostados unos sobre otros) aquellos menos vistosos pero que, por nuestra experiencia, sabemos que valen la pena (algún Pajarito Remendado, poesías, adivinanzas, pequeños relatos que pueden leerse completos en un ratito, libros de humor).

Es entonces cuando intentamos poner en juego nuestras estrategias de mediadores, y les pedimos que nos lean el libro que eligieron, les sugerimos aquel de formato pequeño que está escondido, escuchamos sus interpretaciones, les preguntamos si conocen otra versión de tal o cual historia, leemos tapas y portadas, indagamos en la contratapa. Leen ellos, leemos nosotras, algunos lo hacen solos en un rincón, otros en grupo. Y las maestras descubren libros que no conocían, preguntan por colecciones o autores y también leen solas en un rincón o animan a los que no se deciden. Tratamos de generar un espacio y un momento donde todos podamos tomar la palabra.

Un rato después termina la visita, y empieza otro desafío: esperar que los chicos vuelvan a la biblioteca y se apropien de ese espacio en forma más permanente.

Invariablemente, en los dos años que venimos llevando a cabo esta experiencia, luego de cada visita, vuelven a la biblioteca entre seis y diez chicos, y la mitad de ellos se asocia y continúa viniendo hasta el día de hoy para leer en la sala infantil o llevarse libros a su casa.

La pregunta que nos hacemos es: ¿Qué ofrece una biblioteca popular a los pequeños lectores? ¿Cuáles son las ventatajas, que, a nuestro entender, puede sumar una biblioteca popular a las bibliotecas escolares?

En la visita individual a la biblioteca un niño o una niña elige el libro que más le interesa sin la mirada aprobatoria o desaprobatoria del docente o de sus compañeros. Así es como se animan a libros para más grandes, libros difíciles; o aprovechan para sacarse las ganas y releer aquellos que les contaban cuando eran más chiquitos, esos con los que se sienten cómodos y seguros y que resignifican en cada nueva lectura.

En el recorrido no pautado de lecturas, es posible apropiarse de una literatura que tal vez por definición no les pertenece, y concretar esa literatura sin adjetivos de la que habla Andruetto. La disposición del material en la biblioteca popular no obedece a necesidades pedagógicas, sino que está en función de la comunidad de usuarios, y en el caso de la literatura infantil, nuestro orden es aleatorio: hay libros “sugeridos” sobre la mesa, al lado de la pila que no tuvimos tiempo de guardar, novedades bajo la ventana, el que dejó el último lector sobre la alfombra o la silla.

El abanico de posibilidades se abre en la biblioteca popular respecto del fondo documental de la escuela, y esa diversidad de textos literarios, que, por otro lado, no circulan como objetos didácticos, se ofrece como una posibilidad de afrontar también la diversidad social y cultural.

En las salas de esta biblioteca es factible observar diferentes escenas de lectura, en las que la narración en voz alta es moneda corriente: un padre lee a su hijo, otro escucha. La comunidad y el barrio se hacen presentes a través de relatos de vecinos, historias de vida y los periódicos barriales que están siempre a disposición sobre la mesa central. La palabra circula y va creando puentes entre lo íntimo y lo público, entre lo privado y lo social.

Sabemos que no hay un espacio ni un tiempo determinado que garanticen el deseo y el verdadero placer de leer. Ni almohadones por el piso, ni láminas sugerentes, ni aún los mejores libros, certifican un resultado exitoso. Aunque seguramente haya espacios más propicios que otros, de lo que se trata, como dice Graciela Montes, es de crear la ocasión y en eso tiene mucho que ver el bibliotecario como mediador y una postura basada en la escucha.

El bibliotecario de esta biblioteca tiene algunas ventajas respecto del bibliotecario escolar: no hay supervisiones que exijan número de registros catalogados, no hay timbre que llame al recreo o indique el cambio de hora, ni proyectos institucionales que hay que cumplir contra viento y marea, no hay que trabajar en proyectos integrados. Y no es que este bibliotecario trabaje menos o con menor rigor, sólo que los tiempos son otros, que la función de la biblioteca es otra y así como destinamos el tiempo necesario para buscar una información solicitada por un usuario, también podemos darnos el gusto de satisfacer la demanda de una socia de cinco años que nos invita a sentarnos en la mesita baja y escuchar la historia que eligió leernos.

Hay una idea de Umberto Eco<sup>2</sup>, que frente a la imposibilidad de esbozar la utopía de una biblioteca perfecta, prefiere pensar en una biblioteca a la medida del deseo. Su biblioteca deseada tiene como función principal, no la búsqueda de un libro cuyo autor y título ya se conocen, sino brindar la posibilidad de descubrir libros que no se buscan, títulos y autores insospechados, pero que luego pueden resultar de gran utilidad y hasta fundamentales en la vida de cada uno.

Es una biblioteca que se construye a la medida del deseo en tanto despierta el deseo de visitarla y de permanecer en ella una vez visitada.

Cuando pienso en esa biblioteca a la medida del deseo, me viene a la cabeza una imagen, la de Fabián, habitante del barrio La Carbonilla (un asentamiento lindante con las

---

<sup>2</sup> Eco, Umberto. Conferencia en la Biblioteca Comunal de Milán, Italia al conmemorarse los 25 años de su sede actual en Palazzo Sarmani. Marzo de 1981. Disponible en <http://www.scribd.com/doc/9410646/Eco-Umberto-De-Biblioteca> [Consultado el 13.07.09]

vías del Ferrocarril San Martín). Como parte de este proyecto, la biblioteca asoció en forma honoraria a los chicos del barrio que asistían a las clases de apoyo escolar que una ONG brindaba en forma gratuita. Fabián, 11 años, se hizo asiduo concurrente a la biblioteca, buscando a veces ayuda para su tarea escolar, otras, quizás sólo compañía. Él sabía que aunque yo estuviera ocupada podía recorrer los estantes en busca de libros. Una tarde, me distraje más de la cuenta y después de un largo rato me acordé que él andaba por ahí, lo encontré sentado en el piso, en una sala que no es de lectura (solo estanterías) apoyado contra un rincón y con los libros que le interesaban al alcance de la mano (literalmente rodeado de los libros que había encontrado en los estantes cercanos). Cuando le pregunté porque no se sentaba en una silla, en una sala más luminosa, me contestó: *Estoy bien, aquí está lo que necesito.*

Como consecuencia de estas acciones, el número de usuarios infantiles en la biblioteca aumentó gradualmente y hoy es, proporcionalmente, el grupo más numeroso. Escenas como la de Fabián se repiten a menudo y algunas incluyen a los adultos, que contagiados por los chicos, empiezan a frecuentar la biblioteca. Hemos escuchado a un papá negociar con su hija la cantidad de libros que llevaba cada uno, y visto a una mamá que mientras esperaba que su hijo eligiera, leía sentada en el último escalón de la escalera a la que había subido para alcanzar un libro que le llamó la atención

Creemos que de este vínculo, escuela y biblioteca salen fortalecidas, que en la experiencia compartida se retroalimentan y juntas son capaces de encontrar más y mejores ocasiones para que los chicos – y los grandes - se descubran lectores y se animen a seguir probando.

Para terminar, me gustaría leer una cita de Michèle Petit que resume, me parece, la idea de nuestra experiencia: “En fin, la lectura es algo que se nos escapa. Todo lo que pueden hacer los iniciadores de libros es introducir a los niños – y a los adultos – a una mayor familiaridad, a una mayor naturalidad en el acercamiento a los textos escritos... Es proponer a los lectores múltiples ocasiones de encuentros y de hallazgos, encuentros inéditos, imprevisibles, con una parte de azar, ese azar que, a veces, hace tan bien las cosas.”<sup>33</sup>

---

<sup>33</sup> Petit, Michèle. *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. Buenos Aires: FCE, 2009